

EN EL MUNDO DESDE DIOS

Hombres del Espíritu. ¿Cómo vivir «al aire» de Jesús?

«Porque hijos de Dios son todos y sólo aquellos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios» (Rom 8.14)

Jesús, antes de su muerte, promete el envío del Espíritu Santo a sus discípulos (Jn 14,16.26; 16,7). y después de su resurrección se lo da (Jn 20,23). ¿Qué significa esto? ¿Cuál fue la función de ese Espíritu prometido y enviado por Jesucristo a sus primeros discípulos y cómo percibir hoy dentro de nosotros su presencia y la dirección en que quiere orientar la vida religiosa? A este fin de siglo le está caracterizando una búsqueda de espiritualidad cuya importancia está llamada a crecer. Ahora bien, como el deseo de satisfacer determinadas necesidades espirituales no siempre procede del Espíritu de Jesús, sino de otros muchos espíritus, es importante saber qué características distinguen a uno y a otros, discernir por cuál de ellos estamos siendo llevados. ¿Tiene el Espíritu Santo una originalidad tal en sus mensajes y en su acción que le hagan inconfundible con otros espíritus menos santos que él?

Digamos, en un primer acercamiento, que el Espíritu Santo no actúa por su cuenta ni tiene mensajes propios independientemente de lo que recibe del Padre y del Hijo. Su inspiración es actual, pero no porque diga algo nuevo, sino porque descubre el poder de Dios y de Jesucristo, su virtualidad, para el tiempo presente. Su función es hacer a Dios ex-sistente en nosotros: un Dios que,

sin él, permanecería como Dios lejano, cerrado en sí. Y hacer a Jesús contemporáneo nuestro: un Jesús que, sin él, no sería más que puro recuerdo, sin presencia activa en nosotros ni en el mundo.

Hasta tal punto es esto central y cierto que ahí tenemos ya un primer criterio de discernimiento. Si lo que oímos dentro de nosotros, si el «aire» que tenemos sugiere palabras y actitudes que dicen relación *únicamente* al Padre, aquel de quien proceden no es el Espíritu Santo. Si son palabras y actitudes, imaginaciones, que hacen relación *únicamente* al Hijo, tampoco. El Espíritu Santo procede, indivisamente, del Padre y del Hijo y, por consiguiente, lo que genera dentro de nosotros -una criatura nueva, un nuevo modo de ser y de estar en el mundo- tiene inseparablemente esa doble marca. Palabras que pertenecen al Padre son aquellas que nos hablan de amor gratuito, de confianza en la vida, de futuro absoluto, de transcendencia... Palabras que pertenecen al Hijo son aquellas que recalcan la necesidad de encarnación, de compromiso, de cruz y resurrección... Dios no existe para nosotros más que como Padre y como Hijo. Y como Espíritu Santo, que es el dador personal de ambos a la vez.¹

La función del Espíritu Santo consiste, pues, en el milagro de hacemos experimentar a Dios como Padre de la vida y a Jesucristo

como Salvador contemporáneo. Ser hombres del Espíritu es vivir esa doble dimensión de un modo totalizador y unificado. Algo de ese milagro y sus consecuencias para la vida religiosa es lo que trata de explorar y transmitir este capítulo.

1. «EL ESPIRITU CLAMA DENTRO DE NOSOTROS: ¡ABBA! ¡PADRE!» (Gal 4,6)

Es un primer sentido que necesitamos recuperar. Ser hombres y comunidades del Espíritu significa ponernos a la escucha del que dentro de nosotros susurra incansablemente y contra toda evidencia:

1.1. Que Dios es amor y que la vida está habitada por un Misterio acogedor a quien Jesús llamó Padre, origen y sentido de todo cuanto existe

Hay tanto mal en el mundo, tal «exceso» de sufrimiento natural (y sobre todo causado), que este mundo, la historia y el hombre no aparecen fácilmente como el lugar del señorío de Dios, frutos de su amor, sacramentos de su presencia. Vivir a Dios como Padre, experimentarlo como Amor, se nos hace difícil. Hablar de ello a los demás, punto menos que imposible: hay demasiadas evidencias que atestiguan lo contrario. Por eso es tan importante en este tiempo sintonizar con el Espíritu de Dios, que, contra toda apariencia, sigue machaconamente balbuciendo dentro de nosotros y en el interior de nuestras comunidades que Dios es Amor y es Padre (1 Jn 4,8; Rom 8,15,16; Gal 4,6)

«El creyente sabe que Dios nos tiene de algún modo en su mano. En hebreo, lo que nosotros llamamos fe se expresa con la raíz "aman" (que

aparece en amén): superar la propia inseguridad e inestabilidad a fin de basar la existencia en otra realidad, en otra persona que puede proporcionarnos estabilidad. Creer en Dios, decir "amén" a Dios, significa fundamentar en Dios todo mi ser, es decir, yo mismo, mi prójimo y mi mundo...La fe en Dios es la opción fundamental de aquel que se *confía* él mismo, los demás y toda la historia a Dios, y así se sabe reconciliado consigo mismo, con los demás y con la historia - pasada, presente, futura-, dado que se ha reconciliado con la postura inescrutable de Dios».²

1.2. Que yo soy amado incondicionalmente por Dios, antes y más allá de mis buenas o malas obras, y que es ese Amor el que posibilita dentro de mí el amor, el gozo y la entrega

Hay tal acumulación de frustración personal en el hombre moderno, se quiere tan poco a sí mismo, tiene tan poco gozo de vivir que está continuamente tentado de despreciarse a sí mismo, haciendo imposible así el amor a los demás. Junto a otras terapias, más o menos interesantes y operativas, que intentan abrir ese yo moderno a la experiencia de ser querido y de querer, hay una que dimana directamente de la fe: la experiencia del amor incondicional de Dios sobre nosotros, que no se asienta en nuestra bondad, sino en la suya, ya que «él nos amó cuando todavía éramos pecadores» (Rom 5,8-10). No nos ama Dios porque seamos buenos, sino que porque Dios nos ama podemos ser buenos. Es una experiencia humana que cuando alguien nos ama empezamos a poder amar a los demás. Pues esto, que es verdadero a nivel humano,

sucede de un modo inefable cuando el amor recibido es el de Dios. Dios es mejor terapeuta que cualquier psicólogo humano. Él solo posibilita en nosotros, por otra parte, el que la apertura de nuestro yo a los demás no se convierta en una forma de relación dominadora:

«Porque la experiencia de Dios es condición de posibilidad para que el servicio del hombre no se convierta en nuevas formas de dominación. Sólo un corazón limpio recibe la luz y la fuerza constante para convenirse y transformar constantemente las estructuras más allá de intereses particulares y de preferencias ideológicas»³

1.3. Que, por tanto, y contra lo que parecen indicar muchos datos empíricos, puedo vivir el hoy sin angustiarme por el mañana y pelear por el Reino de Dios con la confianza puesta en Dios

Vivimos con tal tensión hacia el futuro, nos preocupa tanto el día de mañana -con preocupaciones tan humanas como el comer y el vestir, o tan cristianas como el porvenir de la Iglesia, de nuestra Congregación o del Reino de Dios- que se nos hace difícil entender, y mucho más vivir, aquello de Jesús:

«No andéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir; porque la vida vale más que el alimento, y el cuerno más que el vestido. Fijaos en los cuervos: ni siembran, ni siegan, no tienen despensa y granero y, sin embargo, Dios los alimenta. Y ¡cuánto más valéis vosotros que los pájaros... Fijaos cómo crecen los lirios: ni hilan, ni tejen, y os digo que ni Salomón en todo

su fasto estaba vestido como cualquiera de ellos... Ya sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de todo eso. Vosotros buscad que él reine, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Lc 12,22-31).

Jesús, que vivió esto para sí y lo predicó para los demás, no fue ningún evadido de la historia. «Sin familia, sin posesiones, sin protección», tampoco fue un hombre que por tener cubierto el futuro no necesitara pensar en esas cosas. A pesar de todo, Jesús pelea el presente y confía el futuro a Dios. Eso que a nosotros nos resulta tan difícil de vivir unido.

Hoy es el día de la salvación; el mañana pertenece a la confianza! Y cuando el mañana se presenta amenazador, apliquémosle la "memoria" que salva. La memoria de que en muchos pasados, también difíciles, no nos faltó la presencia y el aliento de Dios. Su Espíritu, que lo hizo a él presente.

1.4. Que, finalmente, no es la muerte -la causada por la madre naturaleza, que a veces no pasa de ser una madrastra, o por los verdugos humanos- quien tiene la última palabra sobre los hombres, sino Dios; y que esa palabra final reconstruye la vida y el sentido de aquellos a quienes en este mundo se les despojó de ambas cosas

Para que el panorama de tanta muerte injusta la muerte de los demás puede hacerse más escandalosa que la nuestra propia-, de tanta vida menospreciada y privada de sentido, no nos resulte insoportable, convirtiéndonos en cínicos

apáticos o en terroristas anticipadores, es preciso estar convencidos de que a esas vidas y a esas muertes las salva Dios, que Dios las hace entrar en el gozo sin amenaza del que nunca disfrutaron a este lado de la vida.

No he leído testimonio más impresionante de esta fe, que estamos «amenazados de resurrección», que el del periodista guatemalteco José Calderón Salazar, que me permito transcribir a continuación:

Dicen que estoy «amenazado de muerte». Tal vez. Sea ello lo que fuere, estoy tranquilo. Porque si me matan no me quitarán la vida. Me la llevaré conmigo, colgando sobre el hombro, como un morral de pastor...

A quien se mata se le puede quitar todo previamente, tal como se usa hoy, dicen: los dedos de las manos, la lengua, la cabeza. Se le puede quemar el cuerpo con cigarrillos, se le puede aserrar, partir, destrozar, hacer picadillo. Todo se le puede hacer, y quienes me lean se conmoverán profundamente con razón.

Yo no me conmuevo gran cosa. Porque, desde niño, Alguien sopló a mis oídos una verdad inconvencible que es, al mismo tiempo, una invitación a la eternidad: «No temas a los que pueden matar el cuerpo, pero no pueden quitar la Vida».

La vida -la verdadera Vida- se ha fortalecido en mí cuando, a través de Pierre Teilhard de Chardin, aprendí a leer el Evangelio: el proceso de la Resurrección empieza con la primera arruga que nos sale en la cara; con la primera mancha de vejez que aparece en nuestras manos; con la primera cana que sorprendemos en nuestra cabeza un día cualquiera, peinándonos; con el primer suspiro de nostalgia por un mundo que se

deslíe y se aleja, de pronto, frente a nuestros ojos...

Así empieza la resurrección. Así empieza, no eso tan incierto que algunos llaman «la otra vida», pero que, en realidad, no es la «otra vida», sino la vida «otra»...

Dicen que estoy amenazado de muerte. De muerte corporal a la que amó Francisco. ¿Quién no está «amenazado de muerte»? Lo estamos todos, desde que nacemos. Porque nacer es un poco sepultarse también.

Amenazado de muerte. ¿Y qué? Si así fuere, los perdono anticipadamente. Que mi Cruz sea una perfecta geometría de amor, desde la que pueda seguir amando, hablando, escribiendo y haciendo sonreír, de vez en cuando, a todos mis hermanos los hombres.

Que estoy amenazado de muerte. Hay, en la advertencia, un error conceptual. Ni yo ni nadie estamos amenazados de muerte. Estamos amenazados de vida, amenazados de esperanza, amenazados de amor...

Estamos equivocados. Los cristianos no estamos amenazados de muerte. Estamos «amenazados» de resurrección. Porque además del Camino y de la Verdad, él es la Vida, aunque esté crucificada en la cumbre del basurero del Mundo...

Ese es otro de los difíciles mensajes que el Espíritu de Dios intenta mantener en pie a la vista del imponente dominio de los ídolos de la muerte en nuestros días.

En resumen. La vida es un don de Dios. Yo soy un ser amado incondicionalmente por él. Se puede vivir la tensión hacia el mañana desde la confianza. La última palabra sobre el dolor y la muerte la tiene Dios... Todas esas son afirmaciones de la fe. pero se han convertido en mensajes difíciles de aceptar,

casi imposibles de transmitir. Por eso su recuperación es tan importante para quienes no sólo intentan vivir hacia sí su fe, sino también convertirse en portadores de ella hacia los demás. Lo que quisiera resaltar en este momento es que es la escucha del propio Dios, que al vivir en nosotros se llama Espíritu Santo, la que puede ayudar a la vida religiosa a descubrir el rostro de Dios al fondo de tanto acontecimiento bruto, su acercamiento a nosotros precisamente como gracia. «El Espíritu nos hace reconocer la gracia como gracia de Dios; por él podemos percibir el don de Dios como don, su amor como amor suyo; él es la posibilidad subjetiva de la revelación».⁴

2. EL ESPIRITU GENERA EN NOSOTROS RECUERDO E INVENCION

Jesús dice del Espíritu que el Padre enviará en su nombre: «El os lo enseñará todo y os irá recordando todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,26). Al Espíritu Santo se le atribuye, pues, la función de «recuerdo», ser memoria de Jesús y de cuanto él nos enseñó. ¿Qué cosas importantes necesitamos recordar hoy sus seguidores?

Pero la misión del Espíritu Santo no es sólo recordar, sino también inventar. El es la «imaginación de Jesús» en un tiempo en que ya no existe Jesús. Lo que el Espíritu actualiza no es un conocimiento sobre Jesús -algo que se pareciera a un «sistema» cristiano-, sino al propio Jesús, camino, verdad y vida para cualquier situación nueva. La actividad del recuerdo es inseparable de la actividad de la invención y la esperanza.⁵

2.1. Vivir de recuerdos

Hay recuerdos que matan, pero existen también recuerdos sin los cuales no se puede vivir creadoramente. Si se pierde su memoria, se pierde el futuro. El recuerdo de Jesús y de «todo lo que él nos ha dicho» pertenece a estos segundos recuerdos. Voy a fijarme en tres que me parecen sumamente importantes para este tiempo.

- *La opción de Jesús por los pobres.* El amor va connaturalmente a aquellos lugares sociales donde el des-amor produce sus propias víctimas. Siendo su esencia la pasión, que busca poner vida donde no hay más que distintas formas de muerte, el amor se historiza siempre al lado de los despojados. en el reverso de la historia. Decir con San Juan que «Dios es Amor» es lo mismo que decir con Jesús que «el Reino de Dios es para los pobres». Y porque Dios es así, Jesús -el Dios-con-nosotros- es también así: el que anuncia y construye futuro para aquellos a quienes en este mundo se les niega futuro.

Vivimos en una circunstancia histórica en que las formas de pobreza y marginación se agrandan y multiplican a nuestro alrededor. No sólo a nivel mundial, sino también a niveles más locales, como todos sabemos muy bien... ¿Qué hacer? Tal vez las grandes soluciones, radicales y concretas, a estos problemas no estén en nuestras manos, pero sí lo está el vivir nosotros una fe, un recuerdo de Jesús que conecte con ellos y transmitirlo así a los demás. De ese "recuerdo" si somos responsables. Y también de lo que de él se sigue para el futuro de los «pobres». Porque, así como hay una justicia y una imaginación social que brota de los humanismos, de la

ética o incluso de la indignación y la rabia, hay también una «justicia que brota de la fe» (Rom 9,30). Nosotros estamos llamados a vivir esta justicia y los dinamismos que la fuente de donde proviene provoca. Al lado de los demás, es cierto, pero sin renunciar nunca a la confesión de Dios y del futuro que él quiere. Si Jesús se atreve a proclamar las Bienaventuranzas -un mensaje tan profundamente contracultural, entonces y ahora-, es porque lo que ellas expresan lo ha contemplado como proyecto de Dios, al que ha vinculado su oración, su deseo y toda su creatividad humana. En lo que toca a nosotros, ese recuerdo de Jesús nos trae a la memoria que:

«Para que esta oración sobre las Bienaventuranzas sea verdadera, debe fundarse en una comunión de vida y muerte, a ejemplo de Jesús. con los pobres y con los que lloran, con las víctimas de la injusticia y con los que tienen hambre. Quien convierte las Bienaventuranzas en oración, no se queda ya como un simple observador de esa humanidad sufriente. No sólo se hace parte de ella, sino que se descubre responsable de lo que sucede» (PH. Kolvenbach).

La acción del Espíritu, que consiste en actualizar ininterrumpidamente la perpetua novedad y vigencia de Jesús, ha de ayudarnos a mantener viva esta modalidad de su recuerdo.

- *Las tensiones creadoras.* «Hoy existen tensiones que a menudo provocan inarmonías e inconsecuencias, que llevan a formas de vida que más bien muestran las aristas de lo fragmentario que la unidad del todo. Nos referimos a las tensiones entre oración y fidelidad a la tierra, contemplación

y lucha política, trascendencia y solidaridad. Entre estos polos se lleva hoy a cabo por muchos la experiencia de la vida cristiana. Ahora bien, estas polarizaciones constituyen una amenaza para la regeneración de la vida. Por eso hemos de buscar un estilo de vida que tenga en cuenta estas tensiones»⁶.
¿Cómo?

Todo da a entender que integrar tales tensiones no es asunto fácil. Pero recordemos una vez más que no es la dificultad ni nuestra propia debilidad lo que asusta al Evangelio, sino la negativa a poner ambas cosas bajo la fuerza del Espíritu del Señor. También en este punto tiene Jesús muchas cosas que recordarnos. Yo diría que la principal es justamente mantener esa «tensión» entre ambas fidelidades hasta que nos sea dada la gracia de sentir que no se trata más que de una única fidelidad. Si el recorrido de esa fidelidad empieza por Dios, se trata de ser fiel a todo lo que Dios es, incluido su proyecto sobre el mundo y los hombres; si empieza por el mundo y los hombres, se trata de ser fiel a todo lo que ellos son, criaturas de Dios habitadas por él y por la promesa de su futuro.

El recuerdo vivo de Cristo que nos transmite el Espíritu Santo irá haciendo que comprendamos que:

«La trascendencia no es la trascendencia del resucitado si no lleva a la solidaridad con aquellos que él vino a liberar y por cuya salvación murió. La solidaridad no es la solidaridad del crucificado si no lleva a la trascendencia de aquel futuro en el que fue resucitado. La religiosidad de la trascendencia y la religiosidad de la solidaridad son dos aspectos del estilo de vida cristiano. Si los

separamos el uno del otro o los enfrentamos entre sí, la nueva vida se hace imposible o queda destruida»⁷.

- *Espiritualidad de la resistencia cultural.*

En muchas de sus opiniones y actitudes, Jesús fue contracultural con respecto a las tendencias religiosas y socio-culturales de su tiempo. Vivir desde Dios supuso para él, en muchos sentidos, vivir contracorriente. Vivir para el Reino de Dios, apartarse y poner al descubierto muchas metas de aquella sociedad. ¿Por qué es importante que el Espíritu de Jesús actualice en nosotros este recuerdo?

La cultura que emana de las sociedades capitalistas en que nos movemos internaliza en nosotros modos teóricos de concebir la vida y conductas prácticas que distan polarmente del Evangelio. Me gustaría fijarme en tres de esas tendencias inducidas por la cultura moderna ante las que es preciso que la vida religiosa elabore una «espiritualidad de la resistencia cultural»⁸.

Esa «cultura» internaliza en nosotros el ansia de poseer. El consumismo se ha convertido en una de sus obsesiones dominantes, en uno de sus dogmas. A su lado, la cultura evangélica que habla del valor de la pobreza como actitud teologal ante Dios y conducta práctica ante Los pobres de la tierra aparece como irreal. La tentación consiste en terminar siendo más inculturados por el espíritu del capitalismo que por el Espíritu de Jesús. Una espiritualidad de la resistencia cultural nos invita a construir nuestra vida sobre las bases de la sobriedad, el compartir los bienes y el confiar radicalmente en la providencia de Dios.

Esa cultura internaliza en nosotros el ansia de placer. A través de una despersonalización del sexo y de su vaciamiento de toda ulterior significación, parte de esa cultura maneja como otro de sus dogmas la identificación entre realización personal y acumulación cuantitativa de placer. Frente a ella, la cultura evangélica que habla de la posibilidad fecunda de un amor célibe o de un compromiso de fidelidad en el matrimonio se hace inimaginable. También aquí la resistencia cultural nos invita a los religiosos a «demostrar» no sólo la posibilidad, sino también la creatividad histórica del celibato evangélico.

Esa cultura internaliza en nosotros el ansia de dominar. He aquí su tercer gran dogma: tener, poder, saber, contar sobre los demás, es sinónimo de ser más que los demás. A su lado, el mensaje evangélico que habla de servicio, responsabilidad, dar la vida para que los otros tengan vida. buscar y hacer sólo la voluntad de Dios .. parece un lenguaje sin sentido. Una espiritualidad de la resistencia cultural nos invita, sin embargo, a vivir fundamentados en esto último y no en lo primero. Se trata, en resumen, de saber si vamos a vivir al impulso de estos tres «dogmas» de gran parte de la cultura actual o de estos tres «votos» -pobreza, castidad y obediencia- del Evangelio. Una cosa está clara. Ministros del Señor para el hombre de hoy no podremos serlo más que en la medida en que el Espíritu de Jesús nos recuerde y haga posible en nosotros una profunda, gozosa y creativa existencia contracultural en el sentido apuntado.

2.2. Vivir de invenciones

La venida del Espíritu Santo a nosotros no acontece bajo el signo de lo repetitivo, sino bajo el signo de lo creativo. Es actividad del recuerdo, pero también de la invención y la esperanza. El Espíritu de Jesús quiere penetrar con nosotros en el futuro de Dios imaginándolo y construyéndolo. Por eso es necesario ponerse a su escucha y aventurar algunas de las direcciones en que esa «imaginación de Jesús» que es el Espíritu Santo quiere moverse moviéndonos.

- *¿Qué podemos hacer por la justicia y la paz, aquí y ahora?* Decíamos antes que estamos ante problemas estructurales de tal envergadura que no admiten una solución fácil o simplemente voluntarista. La tentación, sin embargo, más frecuente hoy es la del abandono de toda búsqueda, la renuncia a toda tensión. La comunidad religiosa no puede renunciar a la pregunta de la invención: ¿qué podemos hacer, individual y corporativamente, aquí y ahora?

- Siguen siendo reto el paro,
- una ley de pensiones restrictiva,
- una ley de sanidad pública insuficiente,
- una ley de extranjería vejatoria,
- sigue siendo reto una situación angustiosa penitenciaria,
- sigue siendo reto construir una sociedad solidaria.

A la vez se dan «signos de esperanza» que manifiestan que la solidaridad entre los hombres no está definitivamente muerta:

- Significativos sectores de jóvenes en paro han unido sus esfuerzos y buscan salidas a través de formas de auto ocupación...

- Los esfuerzos de solidaridad promovidos por diversos organismos tales como «Caritas». «Acción solidaria contra el paro». ponen de manifiesto que cada vez son más las personas que dedican un tanto por ciento de su presupuesto para ayudar a situaciones límite y, sobre todo, para promover cooperativas y otras formas de autoocupación.
- También se ha hecho presente la solidaridad internacional de personas y entidades para con los problemas del tercer mundo (Etiopía, comités de solidaridad con Nicaragua y El Salvador, ayudas a México y Colombia. condena del Apartheid en África del Sur...). muestras tímidas y dispersas todavía de que es posible un orden económico y social internacional más justo y solidario⁹.

¡Y la paz y el desarme! En 1967 escribía Pablo VI: «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz». Hoy, 22 años después, crece la conciencia de que ese slogan debe ser reformulado así: «La paz es el nuevo nombre del desarrollo». Es decir: o se cesa de invertir en armamento, haciendo que ese dinero fluya hacia el desarrollo del tercer mundo y hacia la pobreza de los países de origen, o se sigue la carrera de armamentos y entonces no habrá dinero para el desarrollo. Las dos cosas a la vez es imposible. ¿Qué podemos hacer en este campo, sobre todo en la línea de una progresiva concienciación popular del problema, lo cual, en opinión de muchos expertos, es el único camino por donde empieza la obstrucción de esa loca carrera?

- *¿Qué podemos hacer para construir una Iglesia más creíble?* El citado documento describe así esa meta:

«Más evangélica será una Iglesia liberada del miedo y de la poca fe. Dispuesta a apostar por la libertad, la dignidad y el justo bienestar de los hombres, antes que a mantener su poder y su influencia. Más atenta a anunciar con gozo la Buena Nueva de una salvación ya tangible en este mundo que a volver sus ojos a glorias pasadas, con nostalgia restauracionista. Una Iglesia capaz de hacer bien patente que los gozos y esperanzas de los hombres lo son también suyos (GS. nº 1). Una Iglesia en la que no se sospeche de los teólogos de la liberación y de las comunidades populares mientras se miman ambiguos movimientos espiritualistas, y en la que no se acusa de reduccionismo político a los que se comprometen con los oprimidos para apoyar. en cambio, la política de derechas que se autodenomina cristiana. Una Iglesia en la que se recurra mas a la corresponsabilidad que a formas autoritarias (caso Boff) y en la que la hipersensibilidad para los problemas intraeclesiales desaparezca ante la solidaridad hacia las angustias de los hombres... Una Iglesia que haya dejado de ser miedosa, autoritaria, nostálgica, preocupada de sí misma, aparecerá ante los hombres más creíble y más signo de esperanza».

Fenómenos como el «Congreso de Evangelización» de hace unos años, los Congresos de Teología de la «Asociación Juan XXIII» de todos los veranos, el «Congreso sobre Espiritualidad Sacerdotal» celebrado en este último septiembre de 1989 y -por lo que toca a la vida religiosa- el corrimiento de buena parte de sus efectivos del centro a la periferia de las ciudades y de los pueblos, son ya muestras de que se está buscando tenazmente una forma nueva de estar en el mundo de hoy.

Cómo pueda ser participado ese espíritu a niveles más concretos, es algo que requiere inventiva y discernimiento. No hay recetas. «Los lugares de decisión son lugares de discernimiento»¹⁰.

- *¿Qué podemos hacer por las nuevas generaciones?* Henri Nouwen describe a la generación actual joven con las tres características siguientes: generación hacia adentro, generación sin padre, generación convulsa¹¹. En la medida en que estas características sean verificables, es clara que el ministerio cristiano de la vida religiosa tendrá que estar muy atento a ellas.

Una generación hacia adentro que da absoluta prioridad a lo personal y tiende a buscar la coherencia dentro de su propio yo, porque está convencida de que no existe nada «fuera» ni «arriba» a lo que pueda asirse o que pueda sacarla de su propia angustia y confusión. Pero ¿adónde conduce ese camino hacia adentro? La tentación de terminar no sólo en el anti-autoritarismo y la anti-institucionalidad, sino también en el narcisismo, la inmediata gratificación de necesidades y deseos, la ausencia de responsabilidad hacia los demás, es más que evidente. En ese caso no se lograría más que aumentar el grado de hipocresía social. Pero ese camino no tiene por qué terminar ahí. Se le abre también la posibilidad de que la nueva realidad descubierta en lo profundo del yo moldee un compromiso de transformación social. Que suceda una cosa u otra dependerá en parte de la ayuda que reciba esta generación para articular sus experiencias interiores.

Una generación sin padre que prefiere el fallo personal a creer en aquellos que han

fallado ya ante sus ojos; que no aspira, por tanto, a llegar a ser adulta. A esta generación, cuyo peligro está en rechazar a los mayores sucumbiendo a la nueva tiranía de los iguales (grupo, círculo de amigos, moda..) se la ayuda ofreciéndole nuevos modelos de identificación: unos nuevos padres. Sin padre no se puede vivir largo tiempo y, de un modo u otro, se le buscará. A padre muerto, padre puesto. Es importante que el ministerio cristiano se haga presente a esa búsqueda. ¿Cómo?

Una generación convulsa de jóvenes convencidos de que algo terrible, con lo que no quieren colaborar, está sucediendo en este mundo y que, al no ver alternativa posible, reacciona convulsamente a través de la violencia destructora o la protesta.

Un hombre encerrado en una jaula como un animal puede resultar peligroso y destructivo. El acompañamiento cristiano a esta generación consiste en ayudarla a encontrar una «visión», un ideal, una «fe». De hecho, la están buscando desesperadamente.



Vivir «al aire de Jesús», tener su Espíritu, nos lleva, pues, a los religiosos a entregar la confianza a Dios, que es nuestro Padre, y a contemporaneizar hoy el recuerdo y la invención creadora de Jesucristo, que es nuestro Señor. Todo eso lo obra en nosotros el Espíritu, porque como decía un padre oriental:

«Sin el Espíritu Santo, Dios esta lejano,
Jesucristo queda en el pasado,
el evangelio es como letra muerta,
la Iglesia es una simple organización,
la misión una propaganda,
la autoridad una dominación,
el culto una evocación,
el actuar cristiano una moral de esclavos.

Pero en el Espíritu,
el cosmos es exaltado y gime hasta que de a luz
el reino,
el Cristo resucitado esta presente,
el evangelio es una potencia de vida,
la Iglesia significa la comunión trinitaria,
la autoridad un servicio liberador,
la misión un nuevo Pentecostés,
la liturgia, un memorial s una anticipación,
el actuar humano es deificado».

PARA UNA REFLEXION COMUNITARIA

1. *¿Qué situaciones difíciles -tuyas y de otros- te está tocando vivir? ¿Cómo es tu experiencia de que esas situaciones están «habitadas», es decir, de que el Espíritu clama desde ellas: «¡Abba, Padre!»?*
2. *¿Qué recuerdos y qué invenciones importantes tendría que suscitar el Espíritu en el momento presente de tu comunidad y de su misión?*
3. *¿En qué frentes de la cultura moderna que te rodea tendrías que plantear, junto con tu comunidad, una decidida y creativa «resistencia cultural»?*

¹ Una obra excelente sobre el tema es *El Espíritu Santo*, de E. SCHWEIZER (Sígueme, Salamanca 1984). Puede verse también *Trinidad y Reino de Dios*, de J. MOLTMANN (Sígueme, Salamanca, 1983).

² E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos. Gracia y Liberación*, Cristiandad, Madrid 1983, pp. 791-92.

³ J. CUNILL, *Una Iglesia que acompaña el nacimiento y crecimiento de la fe*, Iglesia Viva 118 (1985), p. 358.

⁴ W. KASPER, *El Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 1985, p. 259.

⁵ Cfr. E. SCHWEIZER, o. c., p. 132

⁶ J. MOLTMANN, *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, Sígueme, Salamanca 1978, p. 335.

⁷ *Ibidem*, pp. 339 ss.

⁸ Cfr. la obra de J. F. KAVANAUGH, *Following Christ in a Consumer Society. The Spirituality of Cultural Resistance*, Orbis Books, New York 1981.

⁹ CRISTIANISME I JUSTICIA, *Retos pendientes para 1986* (Roger de Llúria, 13. Barcelona)

¹⁰ CABRA, P. G., *Amarás con toda tu alma (Obediencia)*, Sal Térrea, 1985, p. 47.

¹¹ Cfr. HENRI J. M. NOUWEN, *The W*